

**MEMORIAS, RECUERDOS
Y EXPERIENCIAS DE MI PASO
COMO ESTUDIANTE Y MIS PRIMEROS
AÑOS DE MAESTRO QUE ME
PERMITIERON PARTICIPAR
DURANTE LAS CELEBRACIONES
DEL CENTENARIO DEL INSTITUTO
DE CIENCIAS EN AGUASCALIENTES 1967
Y SUS CONSECUENCIAS EN MÍ**

Humberto Martínez de León

Universidad Autónoma de Aguascalientes

En el caso personal, no tengo duda de que lo que viví en mi juventud, el tener una ambición por educarme y la imposibilidad de hacerlo aquí en la ciudad de Aguascalientes donde vivía, me marcó de manera determinante. Al terminar la educación primaria, mi deseo era estudiar en el Instituto de Ciencias para continuar después alguna carrera profesional; sobre esa idea había construido mis sueños del mundo futuro de mi vida. Llegado el momento, mis padres me explicaron que no era posible que yo me fuera a otra ciudad a estudiar, porque no tenían recursos para ayudarme. Tenía yo bien claro, entonces, que el propósito era capacitarme en lo que ofrecía la sociedad de mi tiempo –hablo de mediados de 1945– para poder ser productivo. Fue así como me inscribí en la Academia Comercial Llamas. No había muchas opciones, porque si no era el Instituto de Ciencias Autónomo (ICA) sólo estaba la Academia Alcalá y la Llamas, no había más. Este acontecimiento fue una frustración que me afectó de manera sensible. Se mutilaron los sueños del futuro de mi vida.

Mientras tanto, mis amigos se inscribieron en el ICA para irse después a la ciudad de México a cursar alguna carrera profesional. Tal vez en ese evento se ubican las razones más lejanas que me impulsarían muchos años después, a mi llegada como rector del Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología (IACT) a empeñarme con todas mis capacidades en la creación de oportunidades de educación superior para los jóvenes de Aguascalientes.

Con los conocimientos de contabilidad adquiridos en la Academia Llamas y los estudios por correspondencia que hice en la Escuela Bancaria y Comercial de la ciudad de México, conseguí un empleo en la oficina federal de Hacienda que era una dependencia muy importante. El jefe de la oficina me escogió para ir a la ciudad de México con una beca para estudiar la Ley del Impuesto Sobre la Renta y el Código Fiscal de la Federación. Estuve en la capital tres meses tomando este curso en la Secretaría de Hacienda, cuando regresé ya no estaba el jefe que me había mandado y yo volví a mi puesto de archivista, que no me gustaba nada, por lo que renuncié y puse mi oficina como contador, apoyado por los conocimientos adquiridos en contabilidad y en las leyes fiscales que eran las que de manera más preponderante se usaban. A los pocos meses, dada mi inquietud por conseguir clientes y las conferencias que de manera gratuita daba en la Cámara de Comercio, empecé a tener algunos ingresos que ya me hicieron productivo.

A pesar de mis incipientes éxitos profesionales no me sentía satisfecho. Me inscribí entonces en el Instituto de Ciencias Autónomo, el ICA de mis sueños; estar en el Instituto de Ciencias representaba para mí, no sólo el cumplir con el deber de estudiar, sino la oportunidad de penetrar en el bello y maravilloso mundo del saber. Mi tiempo se repartía entre la atención a mi despacho y la asistencia a mis clases. Esta etapa de mi vida fue de las más importantes en mi formación, porque se abrió para mí una ventana a la cultura universal; las clases de mis maestros no sólo me enseñaban cosas interesantes, sino que ellos me inspiraban con su ejemplo y sapiencia.

Influyeron mucho en mí en esta época de mi vida, maestros como el licenciado Eduardo Rodríguez Láriz, por su manera tan emotiva de impartir sus clases de Filosofía; o el licenciado Humberto Brand Sánchez, las de Historia universal; o quien sería después y durante toda mi vida un amigo muy querido, don Alejandro Topete del Valle, con sus interesantes y entretenidas clases de Historia de México; de igual manera el licenciado Manuel Varela Quezada, con su peculiar personalidad y con quien compartiría en el futuro muchas y gratas experiencias; el ingeniero Efraín Cobar Lazo, hombre bueno, sabio y prudente; el elocuente licenciado Mariano Aguilar, el ingeniero Eusebio Sánchez Zarzosa, quien sería después director de la Institución; también recuerdo al bondadoso doctor Antonio Medina Romo; al muy especial por su manera de ser, licenciado Pastor Hurtado Padilla. Aprendí el apego a la puntualidad del doctor José González Saracho, quien esperaba de pie en la puerta del aula hasta que su reloj marcaba justo la hora de iniciar la clase para pasar a impartirla.

Cuando era rector del Instituto el Ingeniero Benjamín Vargas Tapia, quien ejercía su autoridad con gran carácter e imponía férrea disciplina, vivimos un conflicto grave que hizo que el Instituto se escindiera en dos. Un grupo adepto al ingeniero Vargas Tapia se separó y se fue con algunos alumnos al Instituto de Bellas Artes, que funcionaba en la calle Venustiano Carranza, y el otro se quedó en el edificio central bajo la rectoría del doctor Carlos Aguilera Anda. Yo me quedé. El conflicto se suscitó porque se acusaba al doctor Aguilera de haber llegado al puesto mediante un proceso de votación objetable. La verdad, fueron tiempos difíciles, la calidad de los estudios se demeritó de manera considerable y el conflicto duró algunos meses a pesar de las intervenciones del gobierno del estado y de la ANUIES. De todas formas, fue importante para mí el constatar las consecuencias de la desunión, del desacuerdo y de la beligerancia, que después de todo revelan una falta de capa-

cidad para resolver los conflictos o una insuficiente autoridad del órgano institucional que debe intervenir.

Una de las consecuencias del conflicto fue que llegaron nuevos maestros, la mayoría improvisados y que impartían sus clases de manera un tanto deslucida, no doy nombres porque eran personas conocidas en el medio profesional, pero improvisados como docentes. Voy a hacer una excepción para hablar de un nuevo maestro que nos impartía la clase de Literatura. Era el licenciado Horacio Westrup Puentes. Era un personaje verdaderamente excepcional, sus clases eran amenas. El ser mi maestro en esta breve temporada me permitió conocerlo y que él me conociera.

Pasando los años se hizo más cercana nuestra amistad porque tuve la oportunidad de conocer aspectos humanos y su manera de ser como intelectual. Era poeta por cierto, escribió un poema titulado “Canto de amor a Aguascalientes”, que es una belleza porque describe en fina poesía el Aguascalientes de la época. Lo declamaba con gran sentimiento, pero además era un tenor de una voz digna de sonar en los mejores escenarios, cantaba de manera cautivadora y esto es lo que me causaba más admiración, lo hacía en todos los lugares que lo invitaban, lo mismo una fiesta escolar de fin de cursos en modesta escuela que en las más encopetadas bodas o acontecimientos sociales. Era muy querido.

En 1951 el Instituto organizó, ya resuelto el conflicto y reunificados los dos grupos, el concurso estatal de oratoria; participamos siete estudiantes, bajo el patrocinio del periódico de circulación nacional *El Universal*, me inscribí y gané, quedando como campeón estatal. El concurso contó con un jurado calificador de lujo porque estuvieron como integrantes el gobernador del estado profesor Edmundo Games Orozco, el doctor Pedro de Alba, quien gozaba de una extraordinaria aura de sabiduría y prestigio como diplomático y educador; el doctor Salvador Gallardo Dávalos, entonces senador de la República; el licenciado Benito Palomino Dena, diputado federal

y elocuente orador, y el respetado ingeniero don Gustavo L. Talamantes, director del periódico *El Sol del Centro*, único diario que existía entonces en la ciudad.

Debo comentar que mi preparación para participar en el concurso estatal y en el nacional fue muy peculiar, nadie me enseñó las técnicas de la oratoria, sino que yo practicaba diciendo discursos improvisados sobre diversos temas, hablando solo en voz alta, al aire libre.

El ser campeón estatal de oratoria me hizo participar en el concurso nacional que se celebró en Jalapa, Ver., auspiciado por la Universidad Veracruzana. Ahí viví experiencias extraordinarias, porque tuve la oportunidad de convivir con estudiantes de gran capacidad intelectual que representaban a los estados de la República y conocer y escuchar a personajes que gozaban de gran prestigio, como a don Alfonso Reyes. Traté al rector de la Universidad Veracruzana, el licenciado Arturo Llorente González y a otras personalidades. Todo ese ambiente me creaba inquietudes de superación; la vida de la universidad con su bullicio y alegría, el contacto que tuvimos con los muchachos que nos atendieron, el darme cuenta a través de sus pláticas llenas de entusiasmo, que todos iban tras un sueño, un ideal de vida. Todo me hacía soñar a mí también, añorar y lamentar que no tuviéramos una universidad en Aguascalientes como ellos la tenían, y que yo veía como la detonadora del progreso, del desarrollo al transformar para bien la vida de los jóvenes. Nunca se podría transformar a la sociedad sin que esto ocurriera primero. No pasaba por mi mente que algún día en el futuro se me presentaría la oportunidad de hacerlo.

El concurso de oratoria me acercó a don Pedro de Alba. Me recomendaba lecturas como *La rebelión de las masas* de Ortega y Gasset —me decía que era uno de los libros más destacados de la década de los años 30—, o algunos libros específicos de historia universal. Esta cercanía daría lugar a que me invitara como orador a su campaña, cuando junto con don Aquiles

Elorduy, fue candidato a senador en tiempos de la candidatura presidencial de don Adolfo Ruíz Cortines.

En el año de 1952 había aumentado mi popularidad entre mis compañeros del Instituto y decidí lanzar mi candidatura a la presidencia del Círculo de Estudiantes de Aguascalientes, organismo que agrupaba a los alumnos del instituto y que era respetado por las autoridades académicas, las municipales y estatales. El día 4 de abril de ese año se celebraron las elecciones en el aula Pedro de Alba. Presidió el evento el director del Instituto, ingeniero Eusebio Sánchez Zarzosa, asistido por el licenciado Juan de Luna Loera y el secretario doctor Manuel I. Rodríguez. Eran dos planillas, la blanca y la azul. Yo contendía por la primera y por la azul el candidato a presidente era Ramón Serna Mosqueda.

El evento se inició con palabras del director que trataron de la relevancia del acontecimiento en lo que podría calificarse como “civismo estudiantil”; dio a conocer el nombre de los integrantes de cada planilla y pidió a todos los presentes desalojar el salón, para después ser llamados uno por uno de acuerdo con la lista de alumnos inscritos, para entregar a cada uno su boleta de votación. Así de riguroso era el control. El resultado fue 142 votos para mí y 20 para el candidato de la planilla azul¹.

Sobre el ICA. Cómo era la vida del Instituto en aquellos días

Debo decir que el ICA era la institución de educación media más prestigiada, no sólo de Aguascalientes sino de la región. Habían pasado por sus aulas alumnos que eran orgullo nacional como Ramón López Velarde, el poeta que le cantó a la “Suave Patria”, Saturnino Herrán, Pedro de Alba, etcétera.

1 Archivo particular Humberto Martínez de León [En adelante APHML]. Acta Círculo de Estudiantes de Aguascalientes, sesión del 4 de abril de 1952.

Los hombres más ilustres que hubiera habido en Aguascalientes habían ocupado las cátedras de maestros, todos los años de vida de la institución, que lo hacía ser reconocido y apreciado a grado tal que conocí maestros que en sus tarjetas de presentación señalaban ser “maestro de tal o cual cátedra en el Instituto Autónomo de Ciencias”.

Estar en sus corredores y aulas era pertenecer a un mundo de jóvenes soñadores, inquietos, traviesos y de diferentes personalidades y caracteres. Algunos tenían cualidades sobresalientes en el canto o la poesía.

Los maestros eran vistos no sólo con respeto, sino reverencia, su personalidad tan diferente, su manera de ser tan distinta, pero todos eran admirados por su saber, su bondad, su temperamento. He hablado en términos muy generales de algunos de ellos, ahora hago más explícitos estos recuerdos. El maestro doctor José González Saracho, puntual en grado extremo; el licenciado Pastor Hurtado Padilla, de enorme prestigio jurídico y de un temperamento muy de él; el licenciado Humberto Brand Sánchez, gran orador, de quien recordaba que cuando dijo en el cine Colonial, el elogio a la reina de la Feria de San Marcos de 1947, que fue la señorita Esthela Aldana, que había tenido una contienda muy cerrada con otra hermosa mujer de Aguascalientes llamada Alicia Meyemberg, surgió en el momento en que iba a ser coronada por el gobernador del estado, una gran rechifla de los partidarios de ésta, que estuvieron a punto de echar a perder la solemne ceremonia y fue el licenciado Brand Sánchez el que de una manera improvisada hizo un elogio al hombre de Aguascalientes que vestía el overol del ferrocarrilero, pero sabía comportarse con seriedad y educación y era incapaz, como lo eran todos los que vivíamos en esta tierra de gente buena, de faltarle al respeto a una dama, agregó algunas otras palabras que no recuerdo, pero lo que sí recuerdo bien, es que calmó los ánimos y dijo su hermoso elogio a la hermosa reina de la primavera de ese año; en el aula era simpático y a veces llegaba un poco alegre por sus copas y

nos contaba cuentos graciosos; su cátedra de Historia universal era muy buena y amena. Don Alejandro Topete del Valle, alegre, dicharachero, amante de sacar a relucir por cualquier cosa, ocurrencias de personajes de la historia. Es una lástima que supiera tanto y no lo escribiera, hay un folleto muy jocoso de cómo en tiempos remotos reaccionaba la gente del pueblo ante los espectáculos y acontecimientos que ocurrían en la Feria de San Marcos, conservo yo un ejemplar y es un verdadero tesoro. Tuvo una gran aceptación y fue tan admirado que un famoso periodista de aquellos años llamado Carlos Denegri lo transcribió en el más famoso periódico de la época *El Excelsior* donde recuerdo haberlo leído.

Cuando fui yo rector de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, años después, llamé a don Alejandro, con quien tenía yo una gran cercanía de amistad y le pedí que aceptara que la institución que yo representaba le pagara dos horas de honorarios diarios como si fuera catedrático para que las dedicara sólo a escribir lo que él quisiera. Ni así fue posible.

Vuelvo a los maestros recordando al bondadoso y muy querido maestro don Efraín Cobar Lazo; el cumplido y de muy particular personalidad, el ingeniero Benjamín Vargas Tapia, recto como una regla, de pocas y precisas palabras, exigente sin consideraciones y que durante mucho tiempo fue el hombre fuerte del Instituto, más de una vez director o rector del mismo y aun no siéndolo, de enorme influencia en las decisiones importantes que la mesa directiva del instituto o el rector en turno tomaban. El querido maestro de delicada manera de ser y gran educación personal y sapiencia jurídica profesor licenciado Carlos González Rueda a quien apodaban los muchachos “Agua limpia” por su costumbre de lavarse con frecuencia las manos. El maestro, que impresionaba por su sola presencia, gran personalidad y enorme sensibilidad, licenciado y notario público don Eduardo Rodríguez Láriz que tanto me impresionaba con sus clases de Filosofía; recuerdo que al hablar de los epicúreos, que trataba de la búsqueda del hombre por encontrar la felici-

dad y el placer, etc., y mientras lo hacía, ahogaba sus palabras en las abundantes lágrimas que salían de sus ojos, pensaba seguro en su vida personal, que no me detendré a comentar.

El edificio —ahora edificio central “Jesús Gómez Portugal”— por sus corredores, sus arcadas, la vista imponente de las cúpulas del templo de San Diego, sus aulas venerables, todo hacía que se respirara un aire de intelectualidad alegrado por el bullicio y travesuras de quienes lo ocupábamos, los jóvenes estudiantes; recuerdo que subiendo por la escalera del primer patio al piso superior, había en la primera aula a la derecha, una especie de exposición de animales disecados, sobresalía un enorme camello, que un alumno inquieto, ocurrente y que seguido escalaba muros haciendo gala de su destreza y al que apodábamos “La Changa”, se le ocurrió quitar el relleno junto a la cola del animal y le metió una botella de tequila con la boca de la misma saliendo por el ano del animal; el tequila era en ese tiempo el que tomaban las personas de más modesta situación social, los que antes tomaban pulque, es decir una bebida muy popular entre ellos, y tenían su tequila “Sauza” para las grandes ocasiones; “La Changa” llegaba al zoológico, levantaba la cola del camello y le daba besos y todos nos reíamos de la ocurrencia, sin saber que lo que hacía era darle tragos al elixir que había en la botella; todo se aclaró cuando alguien descubrió el truco y varios después seguían su ejemplo y la botella se recargaba y el camello era muy visitado. Todo acabó cuando las autoridades del Instituto de alguna manera se enteraron de la ocurrencia y clausuraron con siete llaves el zoológico que teníamos.

En este tiempo era una práctica común que yo viví, cuando ingresé con todos los alumnos de primer ingreso a quienes llamaban “los perros”, debían de ser rapados y pintados y tenían que desfilan por la segunda cuadra de la avenida Madero, dar vuelta por la calle Morelos hasta llegar al edificio del Instituto donde éramos recibidos a cubetazos. Esto duró hasta que llegué yo de rector en 1972 y amenacé con expulsar de manera definitiva a los alumnos que volvieran a recurrir a una práctica

tan salvaje e impropia. En su lugar determiné se celebrara una ceremonia de bienvenida para los nuevos miembros de la comunidad académica. Había en ese entonces —estamos hablando de los años cincuenta—, un evento que era esperado por la sociedad de Aguascalientes el famoso “Fandango estudiantil” que lo organizábamos juntamente con las muchachas de la Escuela Normal que eran de las más bellas señoritas de Aguascalientes y entonces hacíamos un baile al que cobrábamos por ingresar, sacando alguna cantidad de dinero para el Círculo de Estudiantes y para la asociación de estudiantes de la Normal, ya que repartíamos los beneficios. Se celebraba en el edificio del Instituto y los dos patios era muy animado y alegre.

Llegó a ser tan concurrido que hubo un año que recuerdo se celebró en la Feria de San Marcos en un famoso salón de baile que se llamaba “Las Palmas” y que nos fue rentado por una noche, hicimos nuestro fandango que fue un éxito. El dinero que se obtenía era costumbre que se gastara en festejos que organizaban los estudiantes en donde recordábamos nuestras visitas al camello del zoológico y no faltaban las botellas del tequila “Sauza”.

Cuando fui yo presidente del Círculo de Estudiantes, ese dinero lo guardamos y les dije a los compañeros que a partir de ese año, no habría más festejos porque lo dedicaríamos a mejorar nuestras oficinas del Círculo de Estudiantes y las aulas donde estábamos estudiando en el venerable edificio que ocupábamos; el dinero se lo entregábamos al tesorero del Círculo de Estudiantes, un compañero al que recuerdo le decíamos “El Güero Meningitis”, que era buen estudiante y demasiado religioso, y cuando le pedí cuentas me dijo que él consideraba en conciencia, que no había cosa más importante para todos los miembros del Círculo, que aprobáramos todas las asignaturas de los grados que cursábamos y que por esa razón, lo había dado de limosna al Espíritu Santo para que nos iluminara en nuestros exámenes, esto lo dijo en una reunión de la mesa directiva del Círculo, y cuando terminó de hablar poco faltó para

que lo golpearan los compañeros estudiantes, cosa que impedí; le dije: “¿Por qué lo hiciste si no era tuyo ese dinero?, se te había confiado su custodia por ser el tesorero. Pero vamos a aclarar, ¿qué hiciste exactamente con el dinero, Güero?” Me contestó: “Lo deposité en un cepo que hay para el espíritu santo en la iglesia de San Diego”, le dije, “Vamos ahorita hablar con el padre”. Y nos fuimos al templo de San Diego, hablé con el padre, quien nos atendió y le comenté lo que había ocurrido, que el dinero de nuestra organización lo había depositado en el cepo que yo le apuntaba y queríamos que nos lo regresara porque no le pertenecía a él, sino que era de una organización estudiantil. El padre me dijo que él lo sentía mucho, pero que no podría regresar el dinero que estaba depositado porque desconocía el origen, no sabía quién lo había depositado. Le dije: “Padre, hablemos usted y yo”. Me pasó un poco adentro de la sacristía, le comenté la situación: “Se va a crear un gran conflicto entre el templo y los estudiantes, cosa que no es conveniente porque usted recuerde que hay ventanas del templo que dan al Instituto y por otra parte quién le dice a usted que sea cierto, porque también cabe la posibilidad de que él esté faltando a la verdad y qué pasa si no hay ningún dinero aquí, se crearía un conflicto sin razón. Le pido a usted que verifique que esté el dinero, porque a lo mejor no es cierto”. El padre se quedó muy serio y me dijo: “Tiene usted razón, vamos a verlo”, abrió un cajón de un mueble cercano, trajo la llave del cepo, lo abrió y contamos y efectivamente contenía la cantidad que teníamos anotada de beneficios; simplemente lo tomé sin pedir permiso, dimos media vuelta y nos salimos del templo.

Se calmaron los ánimos, con ese dinero compramos una máquina de escribir que necesitábamos y todavía pudimos pintar las oficinas del Círculo y un aula del Instituto, cosa que mucho nos agradeció el rector Vargas Tapia.

Organizamos “La hora estudiantil” en la XEBI, había hablado con el muy caballeroso señor don Pedro C. Rivas, que era el propietario y le expliqué que había estudiantes con in-

quietudes artísticas, que sería muy conveniente se les apoyara participando en algún programa, junto con las muchachas de la Escuela Normal en donde había también algunas con iguales características. Don Pedro me escuchó y me dijo que no podía autorizar que saliera al aire un programa improvisado y que él no conocía la calidad interpretativa de quienes participarían, que me solicitaba le presentáramos un programa y luego ese programa lo hiciéramos sin salir al aire para él juzgar si debía o no incorporarlo a su programación.

Nos pusimos de inmediato a trabajar en el programa que consistía fundamentalmente en algunas reflexiones sobre acontecimientos históricos que realizaba algún compañero, otros que cantaban y alguno más como un compañero al que apodábamos “Velman” diría sus poemas, es decir lo que él había escrito de poesía; otros cantarían, etc. Hablamos con las muchachas de la Normal sobre nuestro proyecto y se sumaron con entusiasmo a él, participarían con un coro que tenían ya muy bien entrenado, además de otras que interpretarían música al piano y en la guitarra.

Con el programa que elaboramos Gelus –que pasando el tiempo se casaría con Víctor M. Sandoval– representaba a las normalistas y yo acompañado de algunas compañeras normalistas y compañeros del ICA, acudimos con don Pedro y le enseñamos el programa. Nos hizo algunas observaciones que nosotros atendimos y nos señaló una fecha para que presentáramos el programa en un auditorio que tenía la difusora con su escenario y butacas y que cuidaba con celo una hermana de don Pedro.

La semana siguiente fue de un trabajo intenso de ensayos de acuerdo con la dirección de Gelus, que tenía más experiencia en este tipo de cosas por manejar o dirigir el coro y demás grupos musicales de la Normal. Con este motivo se reunían todos los días en la Escuela Normal los muchachos del Instituto que iban a participar. Cuando estuvo armado el proyecto y ya bien ensayado me comuniqué con don Pedro y nos dio una fecha

para presentarnos. Obvio es decir que se llenó el auditorio con muchachos del Instituto y muchachas de la Normal, había una gran algarabía. Le gustó a don Pedro y se estableció un programa semanal que se llamaba “La hora estudiantil”, que duró tal vez uno o dos años.

Mi incorporación como maestro al IACT

Me incorporé al Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología en 1964, por invitación del licenciado Carlos González Rueda, antiguo y querido maestro, quien, de parte del rector, licenciado Benito Palomino Dena, me invitó para impartir la cátedra de Derecho fiscal en la carrera de Contaduría Privada en la institución. Mi primer día de clases fue el 12 de septiembre de ese año. Eran grupos pequeños, no rebasaban los 15 alumnos.

Ser maestro era para mí algo nuevo, que me causaba una sensación de temor y responsabilidad, al enfrentar, ya con esta calidad de educador, a los jóvenes estudiantes. Con dedicación y mucho interés preparaba las clases y pronto se estableció una corriente de simpatía entre mis alumnos y yo, favorecida por lo reducido de los grupos y el trato tan cercano que teníamos. Las clases eran a veces informales, muy coloquiales y juntos aprendíamos en un ambiente muy cordial.

La escuela de Contaduría Privada no tenía director desde su fundación en agosto de 1963. Su población era pequeña; los jóvenes preferían estudiar en las academias comerciales, de las cuales, las más prestigiadas eran la Alcalá y la Llamas porque recibían a los jóvenes sin haber recibido la enseñanza secundaria, requisito que sí se requería en el IACT, y no obstante, las posibilidades de ocupación al término de los estudios prácticamente eran las mismas para los egresados; los muchachos se ocupaban como ayudantes de contador o en trabajos secretariales.

Como profesor del IACT fui siempre participativo. Cuando fueron las elecciones para que la Junta de Gobierno

designara al rector del período 1965-1968, a finales de 1965 los maestros de la escuela de Contador Privado me nombraron su representante ante el Consejo Directivo para el mismo período, por lo que a partir de 1965 pasé a formar parte del Consejo Directivo del IACT en el rectorado del ingeniero Carlos Ortiz González, quien fue el designado por la H. Junta de Gobierno.

Al formar parte del Consejo Directivo del Instituto, identifiqué a los maestros que ejercían mayor influencia en el quehacer de la institución, pues además de ser los más participativos eran a quienes se escuchaba con mayor respeto y atención, también porque defendían con vehemencia sus puntos de vista: Los ingenieros Benjamín Vargas Tapia y Eusebio Sánchez Zarzosa, el doctor Salvador Ramírez Martín del Campo y el licenciado Benito Palomino Dena, todos habían sido directores o rectores del Instituto y todos también, con excepción del último, habían sido mis maestros, razón por la que los traté y conocí de cerca como ellos me conocían a mí. Los asuntos que abordaba el Consejo Directivo eran, por calificarlos de alguna manera, rutinarios e intrascendentes y revelaban para mí que no había cambiado la institución en los 12 años que habían transcurrido desde que yo abandoné la escuela. El Consejo estaba formado por las mismas personas que habían manejado el Instituto en los últimos 25 años; los únicos que pertenecíamos a una nueva generación éramos el licenciado Enrique Sevilla Flores y yo. Gran parte del tiempo se dedicaba a asuntos realmente sin mayor importancia y trascendencia: discutir las solicitudes de los alumnos de no pagar colegiaturas, de descuentos parciales de las mismas, licencias al personal académico o préstamos a los empleados, así como al análisis de gastos por mantenimiento de los edificios e instalaciones o a la situación de falta de recursos económicos. Percibí los antagonismos existentes. Realmente el Consejo estaba formado por las mismas personas que habían manejado el Instituto en los últimos 25 años.

Más o menos a finales de 1965 me llamó el doctor Fernando Topete del Valle, quien era presidente de la Junta de Go-

bierno del IACT, para informarme que la junta había tenido a bien designarme primer director de la Escuela de Contaduría Privada. Agradecí la distinción y ofrecí hacer mi mejor esfuerzo por servir al Instituto y a Aguascalientes. Este hecho me permitió participar en la vida del Instituto con mayor peso en mis intervenciones.

Nacimiento de las primeras carreras a nivel de licenciatura

La escuela a mi cargo vegetaba, los alumnos cada vez escaseaban más y los maestros no se sentían motivados por lo reducido de los grupos. Hice una reflexión que compartí con los maestros contadores públicos Pablo Giacinti Medina y Antonio de Luna Martínez —éramos tres de los cuatro contadores públicos que entonces había en Aguascalientes— les manifesté que nuestro trabajo de docentes y la escuela de contador privado no aportaban recursos humanos preparados de manera adecuada al desarrollo que reclamaba Aguascalientes en esos momentos, porque la situación que prevalecía en el estado y los renglones de su economía que más se desarrollaban, exigían profesionales mejor preparados que los que nosotros estábamos ofreciendo. Estuvieron totalmente de acuerdo conmigo. Ahí nació mi propósito de hacer un cambio total, abandonando ese nivel de estudios que impartía la escuela y creando carreras a nivel de licenciatura, concretamente las de Contador Público y Administración de Empresas.

Comenté lo anterior con el rector ingeniero Carlos Ortiz González, a mediados de 1966. Fue muy perceptivo de la situación y estuvo de acuerdo con todas mis argumentaciones, señalándome solamente las grandes limitaciones económicas que tenía el Instituto y la impresión que él tenía, de no ver en un futuro próximo ninguna mejoría en los ingresos por la negativa del gobierno del estado a incrementar el subsidio y la

misma situación veía en la Secretaría de Educación Pública en cuanto al subsidio federal. Yo le argumentaba que el cambio, por sí mismo, generaría oportunidades para vencer ese obstáculo, porque tendríamos argumentos muy sólidos para invitar e involucrar a los hombres de negocios de Aguascalientes, a los padres de familia y a los jóvenes estudiantes a participar, no sólo con su ayuda económica, sino —en el caso de los empresarios— con su vinculación para facilitar prácticas profesionales de los estudiantes y visitas o estancias en las diferentes empresas. El ingeniero Ortiz González me dijo que estaba dedicando gran parte de su tiempo en la preparación de los festejos que se realizarían con motivo del centenario de vida del Instituto y con las reuniones que sostenía con los integrantes del patronato que se había formado para la organización de los festejos, razón por la que creía conveniente esperar, porque tal vez viniera el presidente de la República, licenciado Gustavo Díaz Ordaz, que iba a ser invitado, o el secretario de Educación licenciado Agustín Yáñez, y que tal vez esto podría cambiar la situación. Yo era de la idea, y así se lo manifesté, que la mejor manera de celebrar los cien años del instituto era creando carreras a nivel profesional o licenciatura, que se anunciaran con motivo de la celebración; sin embargo, él consideró que era conveniente esperar. Así pues, se abrió un paréntesis para dejar que llegara el festejo del centenario. De todos modos, seguí trabajando en los estudios para conocer la forma como se podría plantear el nacimiento de las carreras.

Llegó la celebración del centenario. Los eventos se realizaron del 8 al 15 de enero de 1967. Con este plausible motivo se remodeló el edificio que ahora conocemos como Gómez Portugal, se puso este nombre al poblado que está al norte de la ciudad que se conocía como “Margaritas”, se homenajeó a los hombres ilustres de Aguascalientes y en velada especial se hizo un homenaje al señor presidente de la República y se entregaron nombramientos de Maestros *Honoris Causa* del IACT a cinco personalidades: al presidente Gustavo Díaz Ordaz; al

gobernador del estado, profesor Enrique Olivares Santana; al secretario de Educación, licenciado Agustín Yáñez; al rector de la UNAM, Javier Barros Sierra; y al secretario general ejecutivo de la ANUIES, licenciado Alfonso Rangel Guerra. Se iniciaron las obras de construcción del Instituto Tecnológico de Aguascalientes, y como evento principal se realizó una velada solemne para conmemorar los cien años de vida del Instituto y se remató con un baile en el palacio de gobierno. Asistió el señor secretario de Educación Pública, licenciado Agustín Yáñez, en representación del presidente².

Debo mencionar algunas cosas dignas de destacar. Los eventos de ese día se iniciaron con la ceremonia de entrega de las obras de reconstrucción del edificio central del Instituto, en la cual hizo uso de la palabra el alumno Joaquín Lara de Alba —al pasar los años, quién lo dijera, fue mi colaborador ya en la UAA— y dijo textualmente en su alocución ante la presencia del gobernador Olivares Santana y del secretario de Educación Pública:

Y ante vuestro interés e importancia concedida a nuestra Casa de Estudios deseamos señor Gobernador, un Instituto en comunicación espiritual constante con su pueblo, en solidaridad y colaboración estrecha con otras instituciones de alta cultura; aún más, señores, deseamos, queremos una Universidad en la que predomine y se imponga por sí misma la calidad de la enseñanza y mejores valores intelectuales y morales al servicio de la comunidad y la nación, de la que salgan los hombres mejor preparados para el progreso de nuestra patria.³

Me emocioné al escucharlo, sonaba en su voz el reclamo de todos los jóvenes que carecían de oportunidades de educación superior en Aguascalientes, los que seguramente vivían

2. Héctor de León, (ed.), *Cien años del Instituto de Ciencias de Aguascalientes* (Aguascalientes: UAA, 2007), 196.

3. Héctor de León (ed.), *Cien años del Instituto de Ciencias de Aguascalientes* (Aguascalientes: UAA, 2007), 196.

ahora, lo que yo había vivido en los lejanos tiempos de mi adolescencia y padecemos, quienes integramos mi generación. Recordé entonces mis sentimientos de frustración, cuando mis padres me dijeron “te quedas aquí y no puedes ir a la universidad”. Estas palabras no se quedarían sin respuesta ni de parte del gobernador Enrique Olivares Santana, ni del secretario Agustín Yáñez. En el discurso, que pronunció el profesor Olivares en la velada del Teatro Morelos se refirió al tema, después de hacer un análisis de lo que había sido la historia de la institución y de lo que habían representado para el estado sus cien años de vida, sentenció lo que transcribo literalmente. Dirigiéndose al señor secretario de Educación, dijo:

El reclamo de la realidad ha llevado a nuestra institución a empezar a buscar nuevas dimensiones, nuevos horizontes. La inercia de 100 años, la ha hecho buscar soluciones nuevas y buscar planteamientos diferentes, remodelar desde sus estructuras académicas, hasta sus aspiraciones materiales.

Estoy cierto que este nuevo afán de definirse de modificar su estructura ha dejado de ser sólo preocupación de la institución y se ha convertido en demanda de una sociedad, que día tras día, tiene más acceso a la educación y a la cultura. Sabemos que la evolución plantea problemas; no es posible ver que las estructuras educativas y los niveles académicos se modifiquen de la noche a la mañana y sólo por el deseo de superar una etapa.

[...]

Cien años de existencia autoriza pensar que contiene factores suficientes, como para que nuestra vieja casa puede aspirar a crecer en el futuro con el mismo ritmo que otras casas de cultura.

[...]

Esta necesidad sólo pude fincarse en un ámbito de operación regional y la posibilidad se deriva de evitar la penuria, la carencia de recursos humanos y financieros que en más de un caso ahoga la más entusiasta y bien intencionada empresa educativa.

Dirigiéndose al señor rector y a los ex alumnos les dijo:

Aprovecho esta tribuna para hacer, a nombre del pueblo de Aguascalientes, un reclamo amistoso a los hijos de esta institución: vengan a revitalizarla, sean copartícipes de la transformación que inevitablemente deberá operarse en ella, son ustedes los que tienen la responsabilidad de mostrarle el camino y de elaborar su nueva estructura.

Nada puede esperar el Instituto de Ciencias y Tecnología de nadie, si sus propios hijos se la niegan. Enhorabuena, si sus hijos alcanzan a percibir lo que significa en la hora de sus cien años, su alma mater, y lo que ella tiene de apasionante y de grande, ustedes tendrán un papel de capital importancia y deberán ayudarla a preparar el alumbramiento de la nueva hora⁴.

La sociedad de Aguascalientes estaba haciendo, por boca del gobernador del estado, la reclamación de necesarias transformaciones, para ofrecer nuevas, mejores y más amplias oportunidades de educación a los jóvenes de la entidad, y señalaba de manera rotunda que esa responsabilidad recaía sólo en sus autoridades y en sus ex alumnos, ya que nadie haría lo que ellos no emprendieran. Un siglo era ya suficiente para emprender la tarea transformadora. Fue un mensaje muy directo que en lo personal me impresionó.

El ambiente en el Teatro Morelos estaba cargado de solemnidad, escucharíamos ahora como parte de este solemne evento, las palabras del secretario de Educación Pública, del representante personal del presidente de la República, el licenciado Agustín Yáñez, quien con la facilidad que tenía este destacado intelectual para usar de la palabra, expresó en discurso improvisado, apoyado sólo en notas que de reojo veía, felicitaciones al Instituto por sus 100 años de vida de parte del presidente de la República, elogió a las gentes de Aguascalientes por su indeclinable amor a las cosas de la cultura, demostradas por haber sido una de las primeras entidades en el país de tener un

4 De León, *Cien años del Instituto*, 222.

Instituto de Ciencias, llamó al instituto, hijo del triunfo de la Reforma, pero dijo también y lo transcribo textualmente:

Precisamente la multiplicidad que la República ofrece en cuanto a oportunidad en los diversos grados de sus estudios, facilita el determinar, del modo más claro posible, el descubrimiento de la vocación, la forma de las disposiciones del individuo, porque no todo el que tiene disposición para ser pintor o músico llega a serlo, se requiere una serie de asiduas y tenaces disciplinas, y aquellos que no saben pagar ese precio de esfuerzo, no tiene derecho tampoco a encontrar los puestos de responsabilidad de la República. [...]

Quiero enlazar estas dos impresiones con un vivo llamado, que me dicta la pasión por México, la pasión por la grandeza de México; un llamado, en primer lugar, a los ex alumnos, repitiendo la aplicación que el señor gobernador acaba de hacer: Sean ustedes el apoyo moral y el apoyo material de su casa de estudios; sean ustedes el firme cimiento que permita a la Institución mayores desarrollos, bríndele constante apoyo moral que garantice el espíritu de disciplina de la institución, y apoyo material que permita los desarrollos que en los tiempos nuevos exigen.

El señor presidente de la República, en su mensaje del día primero de septiembre, afirmó que es prácticamente imposible que las fuerzas del Estado puedan seguir manteniendo en forma gratuita la enseñanza superior. Por otra parte, esta misma mañana escuchaba la petición de contar en Aguascalientes con una Universidad; quiero afirmar aquí que ese deseo debe cumplirse y puede cumplirse con la resuelta voluntad de los Aguascalentenses.

Las universidades no son membrete o rótulos que se fincan en un edificio o en una serie de edificios. Entendida originalmente, la universidad es una comunidad de maestros y alumnos. En los tiempos modernos es también una comunidad que debe contar con los recursos suficientes para que la enseñanza sea efectiva. Las universidades de provincia deben desde luego contar para su desarrollo con maestros arraigados en la provincia misma, no maestros

que van y vienen, y no sienten el amor a la tierra natal, que no sienten en la entraña más profunda de su alma el desarrollo cariñoso de las vocaciones que se les presentan. La Universidad se realizará en la medida en que lo quieran los aguascalentenses, y es a los ex alumnos a quienes corresponde proveer de las necesarias fuerzas morales y, principalmente de fuerzas materiales sólidas⁵.

No podía haber un mensaje más claro: Quieren universidad, háganla ustedes mismos, los ex alumnos, los habitantes de la comarca, que incluye a todos los que aquí viven. En lo personal me estremeció el mensaje, emocionado como estaba por lo que dijo el gobernador, ahora, más me convencía en mis propósitos de cambio, porque el secretario de Educación decía lo que yo pensaba, nada va a cambiar en el Instituto Autónomo de Ciencias si no nos hacemos nosotros cargo de lo que supone su transformación. Nadie nos va a dar nada, ni el gobierno del estado ni el gobierno federal. Me quedó bien claro que debería seguir, ahora con mejores argumentos y más empeño, en mi propósito de cambiar lo que tenía en mis manos: la Escuela de Contador Privado, para dar paso al nacimiento de las primeras carreras a nivel de licenciatura: Contador Público y Administrador de Empresas y con ella al nacimiento de la Escuela de Comercio y Administración, ya en otro nivel de estudios.

El rector ingeniero Carlos Ortiz González, estaba contento porque la celebración del centenario había resultado exitosa. Yo me enteré de que el gobernador había planeado que el Instituto Tecnológico Regional —que se había inaugurado dentro de las celebraciones, dándole personalidad jurídica propia—, perteneciera al Instituto Autónomo de Ciencias, razón por la cual había modificado el nombre de nuestra institución agregándole lo de las tecnologías, pero que esto no había sido aceptado, debe haber ocurrido en los primeros años del sexenio del profesor Olivares Santana en 1963 o 1964 que fue cuan-

5 De León, *Cien años del Instituto*, 227.

do cambió la ley orgánica de la institución, en el rectorado del licenciado Benito Palomino Dena, quien era, como todos lo hemos sido, muy celoso de la autonomía de la institución, ahí encontraba la razón de su “reclamo amistoso” que con tanta contundencia nos había hecho. Algunos años después cuando fui con él en las postrimerías de su período gubernamental a pedirle el edificio “19 de Junio” me lo comentó.

El proyecto de la transformación de la Escuela de Contador Privado se detenía porque pensaban que primero debería tener el Instituto los recursos económicos y luego emprender el cambio, porque habría necesidad de nuevas instalaciones, de contratar maestros y de tener una mejor y más rica biblioteca. Había falta de seguridad por parte de las autoridades, en tomar riesgos. Finalmente, usando los argumentos que he subrayado de los mensajes del gobernador y del licenciado Yáñez, le pedí al ingeniero Ortiz confiara en que la misma oferta educativa que ofreceríamos a la sociedad traería un mensaje de optimismo a los jóvenes y sus familias, a los empresarios y a la sociedad en general. Era yo muy insistente en la idea de que no era posible soportar respaldar el desarrollo que se daba en Aguascalientes en la viticultura, en la industria metalmeccánica y en el comercio, con el empirismo dominante; era urgente formar cuadros preparados para asumir las funciones de liderazgo que, ya no el futuro reclamaba, sino el presente; le pedí que tuviera confianza en mí y en los maestros de la escuela que tanto me estaban apoyando. Era difícil vencer el escepticismo.

El señor rector Ortiz González aceptó la sugerencia que le hice de entrevistarse con el gobernador del estado profesor Olivares Santana, para decirle que su mensaje y el del señor secretario de Educación pronunciados en la velada solemne de celebración del centenario del Instituto había calado hondo y que ya se estaba trabajando en la creación de carreras a nivel de licenciatura. Esto era conveniente porque así el rector asumía ya en lo personal el compromiso del cambio. Así lo hizo y en la reunión del Consejo Directivo del 11 de octubre de 1967, se

autorizó la creación no de las dos carreras que yo había estado promoviendo, ¡sino de 10!, y se designó a los responsables de hacer los estudios sociales, económicos y académicos como sigue: Doctor Jesús Medellín y Sánchez, Odontología y Obstetricia; contador público Humberto Martínez de León, Contador público y Administración de empresas; licenciado Enrique Sevilla Flores, Relaciones industriales; ingeniero Alberto Vega Leyva, Ingeniero agrónomo; licenciado Joaquín Cruz Ramírez: Periodismo; ingeniero Benjamín Vargas Tapia e ingeniero Eusebio Sánchez Zarzosa, Químico industrial; profesor Pablo Rafael Medina Díaz, Relaciones públicas; e ingeniero Mario Mendoza Arellanes, Técnico ganadero.

Se acordó comunicar al señor gobernador la creación de todas estas carreras y de que se procedía a nombrar a los responsables de hacer los estudios, a quienes se les notificaría de su nombramiento para que, una vez aceptado, procedieran a presentar los estudios correspondientes al mismo Consejo Directivo. Todo era respuesta de lo acontecido en la celebración del centenario⁶.

Cuando salimos de la reunión, me di cuenta de que había sido testigo de algo insólito. Pensar que se podían crear por decreto no diez carreras, sino diez escuelas era absurdo; yo tenía meses, más de un año trabajando y a duras penas veía avanzar mi propósito. La iniciativa que acaba de presenciar no funcionaría. Y así ocurrió.

Como era de esperarse, en la siguiente reunión nadie presentó nada. Hubo muchas excusas, explicaciones para justificar el no hacer, el mantener el *statu quo* imperante. Sólo el que escribe, presentó exposición fundada de los motivos por los que era indispensable la creación de las carreras que proponía, los planes de estudio, los estudios financieros que suponía la puesta en marcha de éstas. Así, en la reunión del Consejo Directivo del Instituto del 15 de noviembre de 1967, se aprobó el

6 De León, *Cien años del Instituto*, 267.

nacimiento de las primeras carreras a nivel de licenciatura en la historia de Aguascalientes, la de Contador Público y Auditor y la de Licenciado en Administración de Empresas. Más de 100 años habían transcurrido para que esto ocurriera.

La noticia de la iniciación de estas carreras en el Instituto fue recibida con entusiasmo y esperanza por la sociedad de Aguascalientes; no se hicieron esperar las primeras inscripciones. Las diferentes materias que componían los planes de estudio empezaron a impartirse en el mes de febrero de 1968, en el edificio central, hoy conocido como “Jesús Gómez Portugal”. Se inscribieron 34 alumnos en ambas carreras, de los cuales terminaron y formaron parte de la primera generación de egresados con el nivel académico de licenciatura, 14 administradores de empresas y 14 contadores públicos, cuyos nombres señalo porque fueron los primeros en la historia de nuestro estado y de nuestra institución en terminar su preparación profesional con el grado de licenciatura.

En la carrera de Administración de empresas: Rodolfo Blanco Agoitia, Luis Ángel Cervantes Silva, Jorge Alfonso Chávez Díaz, Jorge Contreras Quiroz, Santiago Cortés Chávez, Ángel Díaz Palos, Saúl Gallegos López, J. Jesús González Argüeta, Felipe de Jesús González Martínez, Pedro Hernández Rodríguez, María Magdalena López Calderón, Santos Meza de la Cruz, Gregorio Ortega Tejeda y Gustavo Adolfo Reynoso Talamantes.

En la carrera de Contador público: Celia del Carmen Brand Ayala, Ana Imelda Carrillo Fernández, Salvador de Luna González, Gilberto González Medina, Jorge Armando López Cuéllar, Verónica Isabel Lozano Moreno, José Manuel Ortiz Carrillo, Alfredo Pedroza Rentería, Francisco Pérez Ramírez, Ma. Guadalupe Rodríguez Villalpando, Julia del Pilar Ruíz Sánchez, José Manuel Valdés Valadez, Mayola Velasco Femat y Miguel Ángel Venegas Sánchez.

En junio de ese año de 1968 y ante la situación de falta de espacio que sentía con la llegada de nuevos alumnos para los segundos semestres de las carreras, me entrevisté con el profe-

sor Enrique Olivares Santana, gobernador constitucional del estado, quien estaba en el último año de su sexenio. Le recordé la celebración del Centenario, del impacto que en mí habían causado sus palabras, de la respetuosa, pero enérgica llamada de atención que había hecho a las autoridades del Instituto y a los ex alumnos, entre los cuales yo me contaba, igual que lo había hecho el secretario de Educación Pública, licenciado Agustín Yáñez para que escucharan las exigencias del pueblo de Aguascalientes de contar con más y mejores oportunidades de preparación para los jóvenes. Le solicité en nombre del Instituto, pasara a su patrimonio el edificio que ocupaba la escuela primaria Miguel Alemán, inmueble contiguo al edificio del IACT. Le di razones de la imperiosa necesidad que teníamos ahora de contar con este inmueble, porque no había espacios donde alojar a los muchachos que ya habían iniciado los estudios de las carreras en los primeros semestres. Me escuchó con profunda atención, me hizo una serie de reflexiones y preguntas sobre el Instituto y me expuso su pena de que éste no hubiera tenido en su sexenio un desarrollo más vigoroso, comentándome que él había promovido la nueva Ley Orgánica que agregó las tecnologías al nombre de la institución, llevado por su deseo de que fuera ahí donde se cursaran las carreras tecnológicas, pero como no había encontrado la acogida que esperaba, entonces se fundó el Instituto Tecnológico Regional de Aguascalientes. La charla sostenida con él fue muy positiva y encontré en su persona comprensión y deseo de ayudar a la institución. Por decreto promulgado el 22 de septiembre de 1968 el inmueble pasó al patrimonio del IACT; el Consejo Directivo acordó que fuera ocupado por la Escuela de Comercio y Administración.

Recibimos el inmueble en el mes de octubre de 1968, en un estado ruinoso. La escuela Miguel Alemán tenía muchos años de funcionar, con una población muy grande de niños y en todos esos años no había tenido mantenimiento, por lo que, al desocuparla, el inmueble se encontraba en pésimas condiciones. El 1º de diciembre de 1968, es decir a menos de dos meses

de recibirlo, inició el sexenio de gobierno del doctor Francisco Guel Jiménez. Me entrevisté con él, haciéndole narración de las razones por las que el Consejo Directivo del Instituto había acordado clausurar la carrera de Contaduría Privada e iniciar las carreras de Contaduría Pública y Administración de Empresas, y cómo, gracias a la comprensión del gobernador Enrique Olivares Santana, el edificio que ocupaba la escuela primaria Miguel Alemán había pasado a ser patrimonio del IACT, en el cual funcionaría la Escuela de Comercio y Administración.

Le mostré una serie de fotografías del estado en que se encontraba el inmueble y le presenté los estudios y las consecuencias socioeconómicas que tendría para Aguascalientes el formar a los jóvenes en las dos carreras que se habían iniciado con mucho éxito, pero requeríamos tener las instalaciones físicas del inmueble en condiciones adecuadas para poder iniciar nuestros cursos. Por lo que le presentaba en nombre del Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología como director de la Escuela de Comercio y Administración la respetuosa súplica de que el gobierno del estado acondicionara el inmueble y, de ser posible, lo amueblara. El doctor Guel fue muy comprensivo de la situación y me respondió que su gobierno se haría cargo de la obra civil de adaptación y rehabilitación del inmueble, pero que no estaba en condiciones de ayudarme con el costo de los muebles.

Recurrí entonces a los hombres de negocios de Aguascalientes, quienes habían hecho su fortuna en el estado y que aportaban su esfuerzo al desarrollo de éste. Les expliqué que los jóvenes que se prepararían en la Escuela de Comercio y Administración iban a egresar como contadores públicos y administradores de empresas, pensando en sumar esfuerzo, conocimientos y entusiasmo al de ellos, en bien de sus empresas y del progreso de nuestra entidad.

Hice una lista de 19 personas a las cuales les solicité un donativo de \$10,000.00 a cada uno, para la compra de muebles, libros y equipo de oficina. Ni uno solo de ellos se negó a ayudarme; al contrario, algunos a quienes no había acudido me

entrevistaron para decirme que deseaban sumar su esfuerzo a la obra que se estaba realizando. Uno de los maestros de la escuela, el profesor Rubén de Alba Mayagoitia, me dijo que él quería hacer otro donativo. Así, en lugar de 19 fueron 23 los donadores, considerando también al Club Rotario y al señor Guillermo Cuéllar. Reunimos 230 mil pesos, que era mucho dinero en ese tiempo —para tener una idea de lo que era entonces esta cantidad señalo que el gobierno del Estado otorgaba anualmente al IACT 84 mil pesos de subsidio—.

El 17 de enero de 1970, junto con la inauguración de la escuela, colocamos una placa de bronce a la entrada del edificio, para que quedaran escritos los nombres de los benefactores. Todo el mobiliario de la escuela lo compramos con la empresa local J. M. Romo, S.A., y Fernando Romo del Villar, dilecto y cercano amigo, aceptó fabricar los muebles para todas las aulas, concediéndonos un precio muy especial. Todavía en la actualidad muchas de las mesas que eran los pupitres de los alumnos de esta escuela, se encuentran en las aulas del campus universitario funcionando como los escritorios de los maestros.

Fue ésta una época con una fuerte carga de esperanza, ilusión, idealismo, de crecimiento interior y de incremento en la confianza en nosotros mismos, cualidades indispensables para enfrentar los retos que nos deparaba el futuro. En el Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología se empezó a hablar con otro lenguaje; otros verbos se conjugaban en los patios y bajo las arcadas del viejo edificio: haremos, lograremos, triunfaremos, transformaremos. Tomaba en mi mente más fuerza la idea de que podría venir la universidad.

En diciembre de 1971 ya funcionaban cuatro grupos de estudiantes en la Escuela de Comercio y Administración (ECA), terminaba entonces el trienio del rectorado del doctor Álvaro de León Botello. De alguna manera resultó lógico que se mencionara mi nombre para la sucesión. Los muchachos de la Escuela de Comercio y Administración eran los promotores más entusiastas de la idea, porque tenían un trato direc-

to conmigo –habían recibido el calor emocional de mis ideas y esperanzas de que algún día tendríamos Universidad–, y la comunidad toda del IACT, como la sociedad de Aguascalientes, habían visto con qué seriedad y rapidez se habían realizado transformaciones trascendentes en el IACT en bien de la educación superior del estado, sin embargo no cultivé ninguna ilusión de que pudiera yo ser el elegido.



Imagen 1. Contador público Humberto Martínez de León, rector del IACT.

Fuente: AHUAA, Fototeca UAA.



Imagen 2. Contador público, Humberto Martínez de León, rector del IACT.

Fuente: AHUAA, Fototeca UAA.



Imagen 3. Contador público Humberto Martínez de León en una reunión con académicos. Fuente: AHUAA, Fototeca UAA.

Fuentes y Bibliografía

Archivos

Archivo Histórico Universidad Autónoma de Aguascalientes
(AHUAA)

Archivo personal C. P. Humberto Martínez de León (APHML)

Bibliografía

De León, Héctor (ed.), *Cien años del Instituto de Ciencias de Aguascalientes*. Aguascalientes: UAA, 2007.